

Antes y después del Hubble

# Rafael Solana

Un oficio que no cesa\*

Mario Saavedra

EN SU ACEPCIÓN MÁS AMPLIA Y GENEROSA, humanismo no puede ni debe entenderse como “altruismo” o “bondad”, como con ingenuidad suponen muchos, sino más bien como el hecho de verter todo esfuerzo de progreso y de desarrollo en bien de la humanidad, con el “Hombre” como centro motor, y el arte en sí mismo ha implicado, como bien escribió Gaston Bachelard, el más noble de los actos de progreso, de desarrollo y sobre todo de libertad.

En el contexto de la literatura mexicana del siglo xx, Rafael Solana encarnó uno de esos escasos personajes que en nuestro país representaron dicho humanismo, en medio de un contexto de rampante agobio de la tecnocracia en el que la más acendrada especialización terminó por momificar al espíritu y al pensamiento, y en donde aquel ya lejano universo cultural renacentista que había dignificado al ser humano como centro mismo, gracias a la obra heroica y reveladora de personajes como Dante, Leonardo da Vinci, Cervantes y Erasmo, ha resultado ser una mera ilusión óptica y alimento de la desmemoria...

Rafael Solana, hombre modesto —no se puede adular una vida dedicada, en un mundo cada día más caótico y menos selectivo, a enaltecer las letras nacionales—, opinó sobre el Premio Nacional de Lingüística y Literatura que se le otorgó en 1986: “Me lo dieron por la edad”. Puede que sea cierto, pero también había detrás una obra digna y *sui generis* que lo respaldaba, una vida dedicada, desde su pubertad, a la lectura y la escritura incansables. Eran ya casi sesenta años los que aquel ser entonces septuagenario había dedicado a producir una obra de enormes alcances estilísticos, y en la cual se vislumbra además un acucioso y enciclopédico conocimiento de los clásicos. Aparte de constituir un placer inefable, según el mismo Solana, la literatura se convierte en oficio y en vicio irrefrenables, “para terminar uno por leer todo lo que le cae en sus manos”, a partir de unos ojos que fueron perdiendo su brillo a fuerza de pasarlos sobre el papel, en un ejemplo más de esa imagen tan borgeana del saber babilónico.

Periodista —así se firmó siempre, y a mucho orgullo—, novelista, cuentista, poeta, dramaturgo y cronista de toros y de las demás artes —ya que siempre incluyó a la fiesta taurina entre éstas, por herencia de su padre, Rafael Solana, *Verdugillo*—, también fue un hombre de una calidez y una generosidad admirables, que siempre lo diferenciaron de aquellas llamadas “vacas sagradas” a quienes su extensa erudición y su relativo éxito alejan de toda humildad. Él dedicó su vida entera a aprender los oficios literario y periodístico, para después legarlos generosamente a otras generaciones, como un auténtico maestro, en la más amplia acepción de tan prostituido término.

\* Texto incluido en el libro *Rafael Solana. Escribir o morir*, reeditado por la Unidad Xochimilco de la UAM y por la Universidad Veracruzana en el centenario del escritor veracruzano (1915-2015).

Su segundo mote por oficio fue el de dramaturgo, género dentro del cual produjo una obra amplia y diversa, muchos de estos títulos traducidos a otras lenguas y representados en otros países, entre ellas: *Debiera haber Obispas*, considerada por los críticos como la mejor y más exitosa de sus piezas, si bien él mismo prefirió siempre otras: *Pudo haber sucedido en Verona*, aleccionadora y divertida paráfrasis de la obra maestra de Shakespeare; *La isla de oro*; *La pesca milagrosa*; *Cruzan como botellas alambradas*, título tomado de un verso de Ramón López Velarde; su paráfrasis bíblica *El arca de Noé*; *Lázaro ha vuelto*, y entre sus últimas creaciones dentro de este extenso bálamo de vivificantes comedias de corte clásico, *Son pláticas de familia* —alegre y no menos *sui generis* lectura del clásico de Zorrilla: *Don Juan Tenorio*, prodigio de fina versificación en el teatro moderno—, para terminar con su visionaria traslación goetheana *Las cuitas del joven Vértiz*.

El teatro de Rafael Solana, según palabras de Luis G. Basurto, otro maestro de la dramaturgia nacional: “...enaltece, junto con los de Usigli y Villaurrutia, la escena mexicana contemporánea”. Sus obras rebosan un humor ágil y mordaz, como las de sus grandes maestros de formación —a algunos les prologó nuevas ediciones y a otros los tradujo—, entre quienes resulta posible reconocer a Juan Ruiz de Alarcón (obtuvo este el premio nacional que lleva este nombre, cumbre del teatro mexicano), Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Molière, Pirandello, etc. Como él mismo afirmó, el pesimismo únicamente lo atrapó en la juventud, por lo que sus comedias siempre terminan proyectando optimismo y esperanza, sin llegar a ser un teatro momificado y simplista, sino, por el contrario, vital y declaradamente comprometido con la dignidad humana.

Sus novelas constituyen otro universo literario que si bien para muchos críticos resulta menos sólido que el de sus cuentos, en cambio recrea con maestría y enorme

conocimiento de causa innumerables ambientes. *El sol de octubre*, publicada en 1959, y como homenaje en sus bodas de plata como escritor, matiza los diversos caracteres de una metrópoli tan compleja y tan vasta como la ciudad de México; en sus nítidos espejos se proyectan los tipos humanos más disímiles, en una jauría de malsanas equivocaciones. Conforman, junto con *La ciudad más transparente* de Carlos Fuentes y *Casi el paraíso* de Luis Spota, la gran tríada de la narrativa citadina mexicana de los cincuenta. Otras más, como *Bosque de estatuas*, *El palacio Maderna*, *La casa de la Santísima* —lujo de expresión que estructura una honda lección de humanidad—, *Las torres más altas*, *Juegos de invierno* —aquí se vislumbran una sorprendente gallardía y un enorme valor periodístico—, refrendan tanto el fino olfato y la aguda capacidad de observación del narrador como la siempre discreta cultura enciclopédica del lector y el viajero incansables. Algunas más son de ambiente musical, como el de muchos de sus cuentos, y en otro terreno en el que Solana se movió con similares pasión y compromiso: *Vientos del sur*, que recrea el mundo de la ópera, otra de sus grandes pasiones.

En sus cuentos, género en el que alcanzó gran brillantez estilística, logró un equilibrio maestro entre la forma y el contenido: “Los santos inocentes”, “La trompeta”, “Sansón y Dalila”, “La herencia” y “El oficleido”, este último considerado básico en el contexto del desarrollo de la narración corta en México. Éstos dan perfecta cuenta de una imaginación y una creatividad sorprendentes, además de un conocimiento y un uso maestros del lenguaje. Aquí estamos ante el artesano que construye sus personajes y tramas, los más de ellos tan insólitos en su naturaleza como admirables por cuanto consiguen penetrar en el interior del lector; pero también ante el fino relojero que ensambla las piezas con doctos conocimiento y habilidad, en el lugar y en el tiempo oportunos para que la máquina de la ficción se mueva sin ruidos, sin costura visible alguna.

El ensayista no desistió jamás en su oficio por ejercer la crítica certera y verdaderamente aleccionadora, constructiva, ya fuera literaria o sobre cualquiera otra de las tantas labores artísticas que abordó con tino y sabiduría: la música, la ópera, el cine, la plástica, la gastronomía, la tauromaquia, la conmemoración del viajero sabio y sensible, en fin, con el talento y la agudeza de ese en sí mismo gran arte del ensayo que desde Montaigne alcanzó su mejor y más auténtica denominación de género independiente y autónomo. Sus ensayos son varios y diversos, y los temas que tratan (a partir de la música y la literatura la mayoría) lo son, también diversos: “Leyendo a Loti”, “Leyendo a Maugham”, “Leyendo a Queiroz,” sobre tres grandes polígrafos y maestros de la narración en sus respectivas lenguas, que Solana conoció y disfrutó a fondo: el francés, el inglés y el portugués; u “Oyendo a Verdi”, donde consigue transmitirnos su enorme y gozosa pasión por el mundo mágico de la ópera y en particular del gran genio musical y teatral de Le Roncole... su placer inefable ante las literaturas o la música sobre las cuales escribió, lo transmite, pero no únicamente en un impulso hedonista, sino además en el propio de quien fue un dotado maestro.

Rafael Solana tuvo en el periodismo otra de sus mayores tribunas, que ejerció con no menos admirables maestría y vocación, en diversos géneros y múltiples espacios de los más importantes del país, donde hizo escuela y dejó una huella imborrable. Sin embargo, no he conocido escritor más orgulloso de cargar su estafeta de periodista, hecho ya lo suficientemente meritorio. Entre las muchas enseñanzas que legó a manos llenas a las nuevas generaciones, se encuentra su aguda conciencia de lo que representan los oficios literario y periodístico, que siempre asumió con talento y vocación. Memorable es aquella experiencia suya por él mismo contada sobre cómo cambió su postura ante la crítica, que ejerció desde muy joven y en diversos ámbitos de

la creación, incluida, por supuesto, la fiesta taurina: coincidencia o no, días después de la publicación de una severa crítica de José Cándido, como firmaba, en torno a la actuación de un joven novillero, este último se suicidó....

Su faceta poética es una de sus expresiones más íntimas, en la cual se traslucen con nitidez algunos de los valores más permanentes y determinantes en la obra del escritor. Fue sonetista de enormes vuelos, e hizo de esa estructura poética una de sus etapas más vivas, precisamente cuando fundó, junto con Octavio Paz y Efraín Huerta, la revista *Taller*, la generación más importante del siglo después de la de los Contemporáneos:

Todo horror, toda muerte, todo grito,  
toda sombra y negror, toda demencia  
remontan mi tortura al infinito;  
en mi sangrante pecho no hay carencia  
de llaga o de puñal que haga exquisito  
más aun el incendio de su ausencia.

Rafael Solana fue artífice de una enérgica voz que se manifestó en los más diversos lenguajes, y como él mismo lo expresó en uno de sus últimos artículos de fondo escritos para la revista *Siempre!* —en la cual estuvo desde que la fundó don Pepe Pagés Llergo y hasta la muerte del escritor, acaecida en septiembre 1992—, fue leal y auténtico en sus convicciones, en su forma de creer en la amistad, en el cariño y la aceptación a los demás y hacia lo que éstos hacen. Su peculiar generosidad, ajena a las manidas apatías y envidias del medio —Luis G. Basurto, otro ejemplo de generosidad, hablaba de un “perpetuo canibalismo literario”—, representó una de sus banderas, por lo que contó siempre más amigos que enemigos; sus viajes, apegados a una sed por aprender y vivir, constituyeron el epílogo de sus lecturas, de las que todos los que a él nos acercamos también mucho aprendimos. La dicha de conocer, pero la superior de compartir. 